



Ayuntamiento de Zamora



los
Sueños
de cada uno

**CERTAMEN 1997
DE RELATOS CORTOS
E ILUSTRACIÓN**

**BIBLIOTECA MUNICIPAL
ZAMORA**



los Sueños de cada uno

**CERTAMEN 1997
DE RELATOS CORTOS
E ILUSTRACIÓN**

**BIBLIOTECA MUNICIPAL
ZAMORA**

EDICIÓN: Ayuntamiento de Zamora. Biblioteca P. Municipal.

IMPRESIÓN: Heraldo de Zamora, artes gráficas

D. L. ZA-Nº 114-1998

DISEÑO: JAUS Comunicación

No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico o de otro tipo, incluyendo el fotomecánico y la grabación.



Desde 1986 en que la Biblioteca Municipal de Zamora comenzó su andadura, han sido muchos los SUEÑOS EMPEÑADOS y muchas las horas de insomnio, para todos aquellos que de una u otra forma han estado y están relacionados con este proyecto. Ahora celebramos nuestra primera década, toda una puesta de largo, objetivos y acciones que se han concretado año tras año en las memorias anuales realizadas.

Por eso, en 1996 con este certamen de relatos e ilustración, hemos querido haceros partícipes a todos, de los sueños -Década uno-, pero también cómplices para que sigáis ahí, con nosotros colaborando en que la palabra, la información y los sueños se realicen.

Desde aquí gracias a todos los que habéis estado a nuestro lado, a los que habéis colaborado con que este año del décimo aniversario de la Biblioteca haya sido una gran celebración; pero, parece también el mejor momento para dar las gracias a M^a Dolores Chaguaceda, Javier M. Lalandá y Braulio Llamero con su juicio sobre la palabra y a José G. Acilu, Isabel Díez y José María Álvarez que decidieron sobre las imágenes, y no podemos olvidar a M^a. Angeles Morales que fue quien coordinó las opiniones de todos, porque hicieron que algunos sueños, los que vais a encontrar en estas páginas sean SUEÑOS REALIZADOS.

A todos, sólo deciros que sabéis que podéis contar con todos nosotros; nosotros sabemos que estáis a nuestro lado, y seguramente porque así lo deseamos todos, habrá más sueños, y más relatos e imágenes que cuenten los sueños de cada uno, ¿en un próximo certamen?, hasta que llegue ese momento que no está lejano, sólo deseamos que se vaya cumpliendo aquello que soñéis.

Biblioteca Pública Municipal
Zamora, junio de 1998



RELATOS CORTOS

PRIMER PREMIO "MATANDO GALLOS"
Margarita Loma del Amo

SEGUNDO PREMIO "SUEÑOS DE VERANO"
Rafael de Rojas Toribio

TERCER PREMIO "SIN LOS RELATOS DE GENARO"
Beatriz Marino Moreno

ILUSTRACIÓN

PRIMER PREMIO "SIN TÍTULO"
Dña. Marta Cubero Cubero

SEGUNDO PREMIO "DE TODO CORAZÓN"
D. Victoria Hernández Sastre

TERCER PREMIO "UN DÍA DESPERTÉ"
Dña. Carmen Pérez Herrero



PRIMER PREMIO DE RELATOS CORTOS

Margarita Loma del Amo

**Matando
gallos**

•
•
•
•
•
•



Siempre me resultó fácil olvidar, tenía un método que no fallaba aunque lo que hubiese que olvidar fuese muy gordo. Yo cerraba mis ojos, contaba las nubes que veía, borraba las de color oscuro y dejaba un cielo claro. Entonces abría los ojos y lo que me fastidiaba ya no lo tenía conmigo.

Intenté enseñárselo a mis compañeros de clase, les di cursos acelerados y montones de horas de pruebas. Como los padres suelen escandalizarse muy pronto, tuvimos que interrumpir el aprendizaje precipitadamente, ante la posibilidad de que yo me viese obligada a visitar al psicoanalista.

Jimena era una niña dulce pero sin color. Sólo poseía algo increíble: unos ojos grandes y muy negros, casi el negro del carbón. Ella fue la única que logró aprender, a pesar de ese negro de ala de cuervo. Era estupendo escucharla gritar: -¡jazul, azul!- después de que hubiese mantenido sus ojos cerrados durante unos instantes y que te contase que acababa de borrar unas treinta y cuatro nubes de todo tipo. A continuación las detallaba: nueve cumulonimbos, siete estratos, cuatro nimbos y catorce cirros. Porque debo decir que Jimena era la alumna con mayor número de sobresalientes en su cartilla.

Llegó a hacerlo tan bien que comenzamos en los recreos a disputar concursos. Ganaba ella siempre. Me di por vencida el día que Jimena vio un arco iris después de borrar las nubes.

El padre de Jimena había sido un chileno loco que, completamente eclipsado por las historias de Don Quijote y del Cid, había cruzado el océano para conocer y enamorarse de la madre patria y, claro está, de la madre de Jimena. Al igual que el Cid Campeador consiguió ser desterrado por el desagravio hecho a aquella familia materna de rancio abolengo, que perdió la compostura cuando su hija menor, Paulina, se plantó en medio del segundo rosario de la tarde y comunicó,

ante el asombro de todos, que estaba embarazada y, por si eso fuera poco, que lo que estaba esperando eran dos criaturas.

En el tercer rosario de la tarde Paulina abandonaba la casa, llevándose sólo con ella un cuaderno en cuyo interior iban veintiún pétalos de margaritas. Cada pétalo de diferente color y colocados allí todos los inviernos cuando cumplía años, cosa que no había sido fácil de conseguir y había llevado mucho empeño.

Aquel invierno no hubo pétalo. En el barco en que viajaban Paulina y el chileno por no haber, no había ni leche caliente para calmar el hambre de los dos pequeños que venían en camino y conseguían que Paulina deseara más que nunca aquellos desayunos, repletos de tostadas y mermeladas de todos los sabores y colores, de su casa.

En el barco nacieron las niñas, sin aguardar a llegar a tierra, como augurio de que no era bueno irse a lugares tan lejanos.

En la ficha de clase de Jimena siempre estuvo en blanco el hueco para indicar el lugar de nacimiento. Nunca se supo muy bien en qué parte del Océano había nacido. Eso sí, quedó claro que fue el veinticinco de diciembre, día de alegría y esperanza aunque se esté en medio del mar, tal como pronosticaron desde la tripulación hasta el último viajero, que siguieron el aumento de la tripa de Paulina con el mismo anhelo que el propio chileno.

El día del parto amaneció nublado y con oleaje intenso pero, a medida que las contracciones iban aumentando, el sol conseguía que algunos de sus rayos se escabulleran en el cielo para quitar el frío del público instalado en cubierta y que, al lado de Paulina, contaban los minutos que se sucedían entre una y otra contracción.

El sol era enorme y amarillo cuando se escuchó el primer lloro. Éste fue tal que todas las avejillas del trozo de cielo más cercano volaron en rumbo opuesto. Transcurrieron horas de espera hasta que la según da cabecita decidió ver el mar y dar por terminado un parto muy laborioso.

Ante el desfallecimiento de Paulina, debido al gran esfuerzo realizado, fue el chileno el que puso nombre a las dos niñas: Dulcinea y Jimena.

Paulina no tuvo leche y quedó muy delicada. Se organizaron grupos y en cada toma una persona diferente se encargaba de dar el biberón a las niñas, cantándoles nanas de historias de estrellas y lunas para que durmiesen.

Cuando se avistaron las costas de Chile empezaron las despedidas. Hora y media tardó en desembarcar todo el pasaje. Se colocó una pequeña tarima, donde Paulina se sentó en un solemne sillón rojo de terciopelo con sus pequeñas. Delante de ellas desfiló una hilera de sollozos, besos, arrullos, lindas palabras, lágrimas y un montón de objetos.

Jimena todavía atesora tres cosas: la gorra del capitán, un pequeño caparazón de tortuga lleno de cruces de santos diversos y una bola de cristal que tiene dentro tantos colores como el mar, que se vuelven locos cuando la bola rueda.

Todo está guardado al lado de aquel cuaderno que se llevó Paulina en su destierro. Gracias a él Jimena pudo saber dónde estaba Chile antes de que se lo enseñaran en Geografía y también la existencia de Dulcinea antes de que Paulina, su madre, la llevase una tarde al puerto y contando los barcos que llegaban, la relatase una historia larga y sin final.

Entre las hojas del cuaderno faltan los pétalos. En Chile quedaron aquellos veintiún pétalos de margaritas.

Chile no le gustó a Paulina. Después de un largo y penoso viaje, pasando por Santiago, llegaron al Gran Valle Central, la zona más rica del país, según le informó con mucha gloria el chileno. Sin embargo, para él era la zona más perdida en la nada con tantas cordilleras alrededor. Parecía imposible que al otro lado estuviese el mar que tanto amaba.

La odisea terminó en un pequeño pueblo, El Teniente, en el que hasta el humo que salía de las chimeneas era naranja, y es que allí todo era cobre. El chileno la contó muy orgulloso que en El Teniente se hallaba uno de los principales yacimientos de aquel metal. Paulina tomó conciencia de que en Chile el cobre era importante.

Tardó meses en acostumbrarse a que los pañales de Dulcinea y Jimena se tostasen color cobrizo, a pesar de lavarlos mil veces en el cacho del río que le había tocado en suerte y que no había manera de que trajese agua clara. En primavera comenzó a buscar el pétalo de margarita que faltó aquel invierno, algo había bueno, todavía no tenía ninguno naranja.

El problema más considerable es que allí no la querían. La familia del chileno, minera desde siempre, veía con ojos desconfiados a aquella muchacha de aspecto frágil y costumbres ajenas a ellos, que había llegado desde la otra parte del océano.

Cuanto Paulina más se encerraba en su pena, Dulcinea y Jimena más se hacían querer. Nadie podía negar que aquellas niñas tenían las mismas raíces que los que allí vivían.

Mientras esto sucedía en Chile, en el otro lado del océano, en la que fuera la casa de Paulina, también ocurrían hechos importantes. La madre de Paulina se había metido en cama, prometiendo que hasta que no tuviese a su hija otra vez a su lado no saldría. Así aguantaron meses. Finalmente la situación fue caótica y tras una reunión familiar, el padre resol-

vió ir en búsqueda de aquella hija y volver a poner todo en su lugar.

A Paulina no le costó mucho decidir volver a su casa cuando vio a su padre. Con rabia tuvo que reconocer que el loco enamoramiento ya había pasado y que ya estaba cansada de tantos tonos cobrizos. Sólo había una cuestión, mejor dicho dos: Dulcinea y Jimena. Todos querían a las niñas.

Después de duras batallas el padre de Paulina optó por la única solución que él creía posible. Emborrachó una noche al chileno y consiguió que éste acabase jugándose a los "Bravitos" qué niña se quedaba y cuál se iba, que todo quedase reflejado en un papel firmado por varias personas. Pasaron toda la noche en un corralillo viendo como cada gallo peleaba por ser el más bravo y llegar vivo a la siguiente pelea. Al padre de Paulina le volaba el alma cuando el chileno le gritaba: "¡Compadre, otro gallo rojo muerto, carajo!". De madrugada el recuento eran cinco gallos rojos muertos, los que menos. El chileno se quedaba sin Paulina y Jimena. Para Dulcinea el destino era color naranja.

Por la mañana temprano, antes de que alguien despertase, cogió a su hija Paulina, a la que había atiborrado de somníferos, y a Jimena y marchó camino de Santiago para luego ir a la costa y tomar el primer barco que saliese de aquel país.

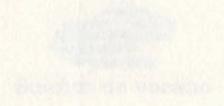
Paulina se pasó un año llorando y Jimena tardó otro en hablar.

El padre de Paulina había conseguido que el chileno corriese la suerte de sus héroes. Al igual que el Cid Campeador, esposo amante de D^a Jimena, sufría en sus carnes el más triste destierro sin Paulina y, sobre todo, que le diesen por loco, igual que a Don Quijote, el enamorado de Dulcinea.

Por tanto, lo único que quedó en la madre patria de aquel pobre diablo chileno fueron aquellos ojos, que borrraban con tanta facilidad las nubes convirtiéndolas en arco iris y un nombre: Jimena.

Hace años que no veo a Jimena y que no cierro los ojos. En este tiempo su mayor empeño ha sido buscar a Dulcinea. Siempre que llegaba a un molino de la Mancha o a una antigua fortaleza de Castilla le decían que una chilena llamada Dulcinea había estado allí.

Sé que la ha encontrado. Hoy he recibido una carta con un viejo pétalo de margarita de color naranja y he visto un arco iris. ♦



SEGUNDO PREMIO DE RELATOS CORTOS

Rafael de Rojas Toribio

**Sueños
de verano**

-
-
-
-
-
-
-



"Después soñe que soñaba". A. Machado

Miguel ha tenido un sueño dulce. Se despierta a la mitad de un beso imaginario que se va diluyendo en su consciencia, empapándolo todo del sabor de la tierra mojada y del sudor de niña. Es muy temprano todavía. Se sienta en la cama y se rasca la cabeza. La habitación grande y sin muebles, le devuelve el eco "ras, ras, ras". Se acerca a la mesa y coge la pluma. Aún de pie garabatea: "Yo te libe la flor de la mejilla".

Federico duerme en un suelo sucio y húmedo. Se despierta agitado. Todos los malos sueños que trataba siempre de alejar han regresado esta noche, terribles y burlones, para despedirse de él. ¿Despedirse?. Federico tiembla, tiene la boca seca y el corazón le golpea el pecho con furia y con miedo. Ayer estuvo pensando en Cervantes y en San Juan de la Cruz, presos ilustres que le hicieron compañía un ratito. Pero hoy ya sabe que los muros de este sótano son el anuncio de otra celda eterna de la que no está seguro de salir. Se le hace un nudo en la garganta. "Si el aire sopla blandamente / mi corazón tiene la forma de una niña". Hoy su corazón tiene la forma de una lágrima, y llora una fuente ante la visita prematura de la muerte, su más negra pesadilla.

La mamá de Paquito le llama para que vaya a los Ultramarinos a recoger leche en polvo (de estraperlo, claro) para la merienda. Le saca de la siesta que ella misma le obliga a echarse cada día. Paquito se levanta sudando más dormido que despierto, quitándose una legaña. Está harto. Recorre la tarde sahariana de Valladolid en agosto arrastrando los pies, levantando un polvo espeso que se le mete en la pernera de sus pantalones cortos y en el fondo de su garganta, confiriendo a su voz infantil un extraño tono grave, cercano al rugido. Intenta recordar su sueño. Ah, sí, era que unos niños le apedreaban. El quería gritar e insultarles, pero no se atrevía. Son inferiores y quiere aplastarlos.... Siente una pedrada en la rodilla que le saca del recuerdo del sueño, y otra en la espalda que le mete del todo en una realidad que odia y



Sueños de verano

que le persigue incluso cuando duerme. Hay dos niños de su escuela insultándole, y Paquito, que es un niño un poco especial, entra deprisa en la tienda, casi corriendo, mientras mira hacia atrás con rencor.

Rafael está paseando por su piso de Buenos Aires, o quizás no, porque esas mecedoras y la madre selva que asoma por la ventana, tan familiares, no son de allí, están fuera de sitio. Inesperadamente, entra Federico, con su traje de alpaca y la corbata amarilla. Hace mucho que no se veían, y han encanecido, y sus rostros son dos mapas fluviales, llenos de ríos de arrugas que han fluído con el cauce de los años para acercarse ya al mar, que es el morir. Pero la sonrisa de Federico es la de siempre, y abraza a su amigo, le ofrece una silla y se sienta junto a él sin decir palabra. Rafael se da cuenta de que está soñando. Abre los ojos y llora como un niño, como hacía años que no lloraba, con hipidos y gemidos. Cuando ya no le quedan lágrimas, coge su pluma y dibuja el ala de una paloma. Junto a ella escribe: "yo no sé qué has querido decirme esta noche / con tu desprevenida visita", y más abajo: "a pesar de las mínimas batallas que reñimos / sigues unido a mí más que nunca en la muerte". Se asoma al balcón para ver el amanecer de Roma, mientras intenta fijar el resto de los versos. Tiene un nudo en la garganta que le impide contar las sílabas.

En su cama enorme, Camilo se tira un pedo que lo despierta. Acostumbra a dormirse con una imagen agradable para que la noche lo sea también. Hoy no se acuerda de lo que ha soñado. Mejor, porque últimamente no sueña más que chorradas.

Valle-Inclán da bastonazos al aire, espantando enemigos invisibles "Atraz, follonez". A su diestra Juan Manuel gesticula y repite como un loro: "atrás, follones". Valle se vuelve hacia él, y con mucha prosopopeya le da la mano con el brazo que le falta. "Graciaz, camarada. Ze han creído que cualquier pelagatoz enzucia mi prozapia".



Sueños de verano

Le cuenta que perdió el brazo en la más alta ocasión que vieron los siglos, y que no era bueno el infiel que le mancó. Inopinadamente aparece el caballero de la mano en el pecho que susurra "que te lía". Valle cuenta su paseo en cocodrilo-taxi de México a la Atlántida. El caballero repite, ahora con más vehemencia "que te lía". Valle ha empezado a enumerar su linaje, y el caballero aparta su mano del pecho. Aparece un agujero del que brota una mezcla de sangre y poesía. Grita "¡que te lía, cojones!". Juan Manuel levanta la cabeza del libro al que ha babeado ligeramente, "Madrid, de Corte a Checa", de Agustín de Foxá. Unas niñas le miran y se ríen. Él les hace un gesto despectivo y las imita "ji, ji, ji". Le sacan la lengua". Tarda unos segundos en darse cuenta de que está en Zamora, en la biblioteca. Ya no le acompaña su abuelo. "Coño, me he quedado dormido". Cierra el libro y camina hacia el baño más cercano. En el espejo se ve despeinado. "Parezco un delincuente juvenil. Al menos tengo aspecto juvenil". Se ríe. Un anciano entra y le sorprende hablando solo. Le mira mal. Juan Manuel pasa. Se pone de perfil y se quita las gafas. "¿Qué tal me quedarían unas patillas?".

Lucía sueña con una chica morena de pechos aéreos y labios de fresa. Le besa en el cuello, que es su puntodébil, así que no quiere despertarse. Duerme y sueña. Cuando suena el despertador se tapa la cabeza con la almohada y le dice "por favor, un poquito más".

Violeta también sueña con esa chica. Se levanta excitada, respira fuerte y no sabe que pensar. Se pone el aparato de dientes en el baño y le dice al espejo: "mierda", se ríe y siente cosquillas en el estómago.

Falete sueña con lo mismo. Esta vez es una chica sola, y la historia no es nada agitada. Le abraza fuerte y le besa muy despacio. Es todo muy tranquilo y ella huele como cada una de las chicas que se acercaron tanto a él como para que las pudiese oler. Se levanta y recorre en dos zancadas el devastado campo de batalla que es su cuarto. Se asoma a la



Sueños de verano

ventana y adopta maquinalmente la pose de poeta, la barbilla descansando sobre su puño y la vista perdida en la lejanía. Piensa en la última chica. Luego piensa en la primera, y escribe, casi de un tirón:

Qué me quieres amor, di, qué me quieres.
Llegas siempre a deshoras. Ya no soy.
En aire te evaporas si es que voy
tras ti en pos. Si no te llamo vienes.

Yo no sé lo que tengo, ni el remedio
a un mal que me persigue por ciudades,
montañas, precipicios, lunas, mares,
porque lo traigo de mi sangre en medio.

El tiempo, descortés, cavó su pecho
y con lo que ella tuvo por deshecho,
yo amueblaba mi alma por las noches.

No es sólo que no coma o que no duerma
son por dos mis ayunos y mis velas
Quiera Dios que por ambos ella engorde. ♦

... y cuando me acordé de la noche de pronto, la noche del día anterior, cuando me acordé de la noche...

... Que me quedé en la noche...

... y cuando me acordé de la noche de pronto, la noche del día anterior, cuando me acordé de la noche...



TERCER PREMIO DE RELATOS CORTOS

Beatriz Marino Moreno

Sin los relatos de Genaro

-
-
-
-
-
-



Sin los relatos de Genaro

Es casi media tarde, la persiana permanece bajada hasta abajo, aunque tímidos rayos de sol se cuelan por las escasas ranuras que han logrado sobrevivir al muro de plástico que me impide por voluntad propia ver el exterior. En la habitación se respira un aire entre decadente y melancólico. La calefacción hace meses que dejó de funcionar, a lo lejos se oyen voces infantiles, siento que estos sonidos son los únicos que pueden caldear levemente la frialdad que siento dentro y fuera de mi cuerpo.

Llevo horas sentada delante de mi escritorio. Creo que he permanecido todo el tiempo con una postura invariable, la mano derecha se apoya sobre el cuaderno cuadriculado, el codo izquierdo se extiende hacia arriba, perpendicular al tablero, en cuyo extremo pende un triste cigarro, ya consumido por el olvido. En el cenicero repleto reposan mudos e inertes los únicos testigos que, durante el rato que llevo metida en el cuarto, se han dignado a hacerme compañía y ser partícipes de mi angustia. Sólo hago que fumar, fumo para pensar y pienso para comprender y aceptar qué le sucedió en realidad a Genaro, mi abuelo.

Genaro era ya demasiado anciano cuando yo comencé a apreciar el auténtico valor de sus relatos. Cada martes a las cinco en punto tenía una cita ineludible con mi abuelo. Una hora antes tomaba el autobús de la línea cuatro para dirigirme al geriátrico, en el que desde hacía dos años estaba condenado a habitar porque, según decían mis padres, la casa era demasiado pequeña para tantas personas y tampoco disponían de tiempo suficiente para prestarle toda la atención que requería una persona en sus condiciones. Ellos no podían o no querían, no lo sé exactamente, cuidar de él. Lo cierto es que yo hube de conformarme con un limitado día a la semana para verle. Muchas veces hubiera deseado acercarme hasta allí por sorpresa, soñaba con que mis piernas fuesen lo suficientemente largas como para que con un par de zancadas llegase hasta él, sin necesidad de limitarme al autobús de turno. Es que le echaba tanto de menos... pero aquello era imposible, mi escasa edad y los consiguientes impedimentos que esto trae consigo, supeditaron mi deseo de abrazarle y oírle a la escuela tarde del martes.



En cualquier caso, ese día de la semana, él estaba siempre allí, aguardando mi llegada en algún banco de la entrada, dibujada una sonrisa en su rostro, a la espera de mi compañía. El ritual ante mi llegada era el mismo en todas las ocasiones: nada más abrirse las puertas del autobús levantaba la cabeza hasta que me divisaba con claridad, lentamente, ayudado por su bastón ya desgastado del uso, se dirigía hacia mí; tras recibirme con algún saludo cariñoso me tomaba de la mano, y juntos bajábamos a pasear por los alrededores del acantilado, un lugar poco transitado, un paisaje de rocas escarpadas en el que numerosas aves aprovechaban para anidar. A mí aquel lugar me parecía la cima del mundo, me hacía sentir dichosa y para completar mi felicidad, él me obsequiaba en esas tardes con preciosos cuentos inventados para su nieta.

En sus relatos cabían hombres y mujeres imaginarios, villanos con corazón, héroes sin coraje, sabios despistados y demás enseres que poblaban mi imaginación, porque era yo siempre la que elegía el personaje central y en cuestión de segundos él los embarcaba en historias tiernas, sin título y casi siempre con final feliz porque sabía que no me gusta llorar, y es que no puedo remediarlo, lo hago cada vez que las cosas no terminan bien.

Todavía me acuerdo de alguno de ellos, quizás el del día que nació la música me parecía especialmente hermoso. Según me contó Genaro hace muchos siglos los hombres conocían el ritmo sus fiestas eran tristes, sus manos no encontraban un lugar donde reposar el día que descansaban, hasta que una tarde las hadas se apiadaron de ellos al verlos tan tristes y les descubrieron el ritmo.

Al parecer la música nació entre las gentes de un pequeño pueblo. Era día de mercado, la plaza era el lugar más concurrido, cientos de campesinos se habían acercado para comprar provisiones para el invierno. Fue allí donde las hadas disfrazadas de vagabundos se sentaron en el suelo, en el medio de la plaza para que todos pudieran verlas y, por supues-



to, oírlas. Armadas con extraños artilugios de cerámica y piel de carnero comenzaron a golpearlos al unísono, un agradable martilleo se apoderó de los oídos de los aldeanos. Eran notas perfectas que acallaron el griterío, retumbaban en sus cabezas, era extraño. Primero fueron los hombres que atendían los puestos, uno a uno empezaron a golpear sus pies contra el suelo para seguir el ritmo, algunos tomaron herraduras, otros conchas del mar, maderas o lo que más cerca tuvieran para producir algún ruido, y sumarse a esa dulce algarabía. Los aldeanos comenzaron a agitar sus manos hasta que la plaza se sumió en una sincronía mágica, como si hubiese atrapado el alma de los congregantes en un movimiento acompasado. Los más ágiles comenzaron a elevar sus piernas y moverlas a medida que el canto de los instrumentos se hacía más y más alto. Entonces las hadas decidieron que los hombres ya estaban preparados para la música, y mientras los aldeanos continuaban tocando desde la tierra, ellas bailaron desde su mundo hasta entrado el amanecer.

La última vez que lo vi nos dirigimos como de costumbre hacia las rocas. Le noté cansado y le sugerí que volviésemos al recinto, pero él, obstinado, denegó de manera rotunda mi sugerencia. Casi sin respiración, llegamos hasta la parte más alta, y allí nos sentamos a contemplar el horizonte por unos instantes. Ninguno hablaba, simplemente mirábamos el que parecía el mar de siempre cuando advertí con sorpresa un detalle curioso que me llamó la atención. Ví que justo enfrente de donde estábamos situados, como en medio de las aguas que tantas veces parecieran iguales, entre aquel rutinario espacio azul de siempre, ahora irrumpía en la masa una nueva y hermosa figura. En medio del mar claramente se adivinaba una roca con forma de mujer.

No me dio tiempo a mencionarle lo ocurrido; esta vez no me dio tiempo a presentarle un protagonista, como si hubiese oído mis pensamientos, enderezó su maltrecha espalda y con voz ronca prorrumpió a contarme un relato nuevo el último.



Fue durante esos minutos mágicos y escasos, cuando me hizo saber que el mar acoge el alma de los seres a los que logró arrebatarse la vida; pero cómo con sus cenizas, al cabo de los años en un esfuerzo laborioso, esas ánimas perdidas entre corales y algas sedimentan en las profundidades hasta convertirse en siluetas de piedra, tan duras y frías como la muerte en la que perecieron, tan bellas y cálidas como la pasión con la que transcurrieron sus vidas.

Ésta no era una historia más, a través de las palabras de ese hombre y los hechos insólitos, que más tarde se produjeron, aprendía a mirar con nuevos ojos la furia del mar. Me abrió un camino directo a la espiral por la que transcurre la fantasía y te hace dudar de la realidad, haciéndome transpasar el límite de la cordura hasta encontrarme desesperada meditando durante horas sobre nuestras vidas.

Finalizado el relato clavó sus ojos sobre los míos tratando de arraigar en mi interior el alcance de su último cuento. Yo en aquel momento no le entendí. Permanecimos unos instantes más en la cima del mundo, hasta que la cruel humedad empezó a agujinear sus huesos. Obligados por la dureza del clima, retornamos por el sendero hacia su residencia. Le dejé en la entrada, con un beso me despedí de él y le prometí que allí estaría el martes a la hora de siempre. Pero el destino quiso que no supiese nada más de él.

En la madrugada del martes siguiente me desperté sobresaltada, acababa de tener una pesadilla y me aterró la idea de que aquel mal sueño hubiese sido una premonición. Me disponía a arreglarme, deseosa de verle para que calmara mi desvelo y me tranquilizara, cuando una voz desconocida al teléfono anunció que Genaro Muriel, mi adorable cuentacuentos, había muerto la pasada noche ahogado en el mar. Desde el otro lado de la línea intuí que trataban de darme explicaciones sobre lo ocurrido, pero yo no quería oír nada más. Era suficiente, lo sabía, y no había podido remediarlo.



Hoy se cumplen veintidós años desde que aquello ocurrió. Esta mañana he sentido la nostalgia de aquella época, una vez más le echaba de menos y no podía ir a verlo. Sentí que lo único que me quedaba de entonces eran nuestros largos paseos. Arrastrada por la melancolía decidí visitar nuestra cima y perderme por unos instantes en la contemplación de las aguas que no había vuelto a ver.

Esta vez no me hizo falta el autobús, hace tiempo que dispongo de un pequeño coche herencia de mi hermana mayor, y gracias al cual no he tenido que esperar en ninguna otra parada. El caso es que fui hasta allí, aparqué frente al geriátrico. Durante unos instantes miré a través de la cancella oxidada para ver si aún estaba el banco donde a él tanto le gustaba esperarme. Y sí, cubierto de hojas, desgastado, el aposento de madera había conseguido superar el paso de los años. En mi imaginación casi podía verlo sentado con la boina calada hasta la frente, con barba blanca y descuidada, con los ojos azules, secos de no poder llorar más.

Tomé el sendero, pequeñas flores se habían apoderado de él, aprovechando que ya nadie transitase por allí. Caminé lentamente, me acordaba de todo. Al llegar a la cumbre no pude contener las lágrimas ante mi asombro: entre la masa azul se adivinaba el perfil aguileño de mi abuelo clavado sobre una fría y cálida roca de mar, mientras las olas tranquilas cincelaban los contornos de su barbilla. ♦

Elaborado por el equipo de trabajo



PRIMER PREMIO DE ILUSTRACIÓN

Marta Cubero Cubero

Sin título

-
-
-
-
-
-

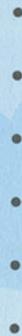


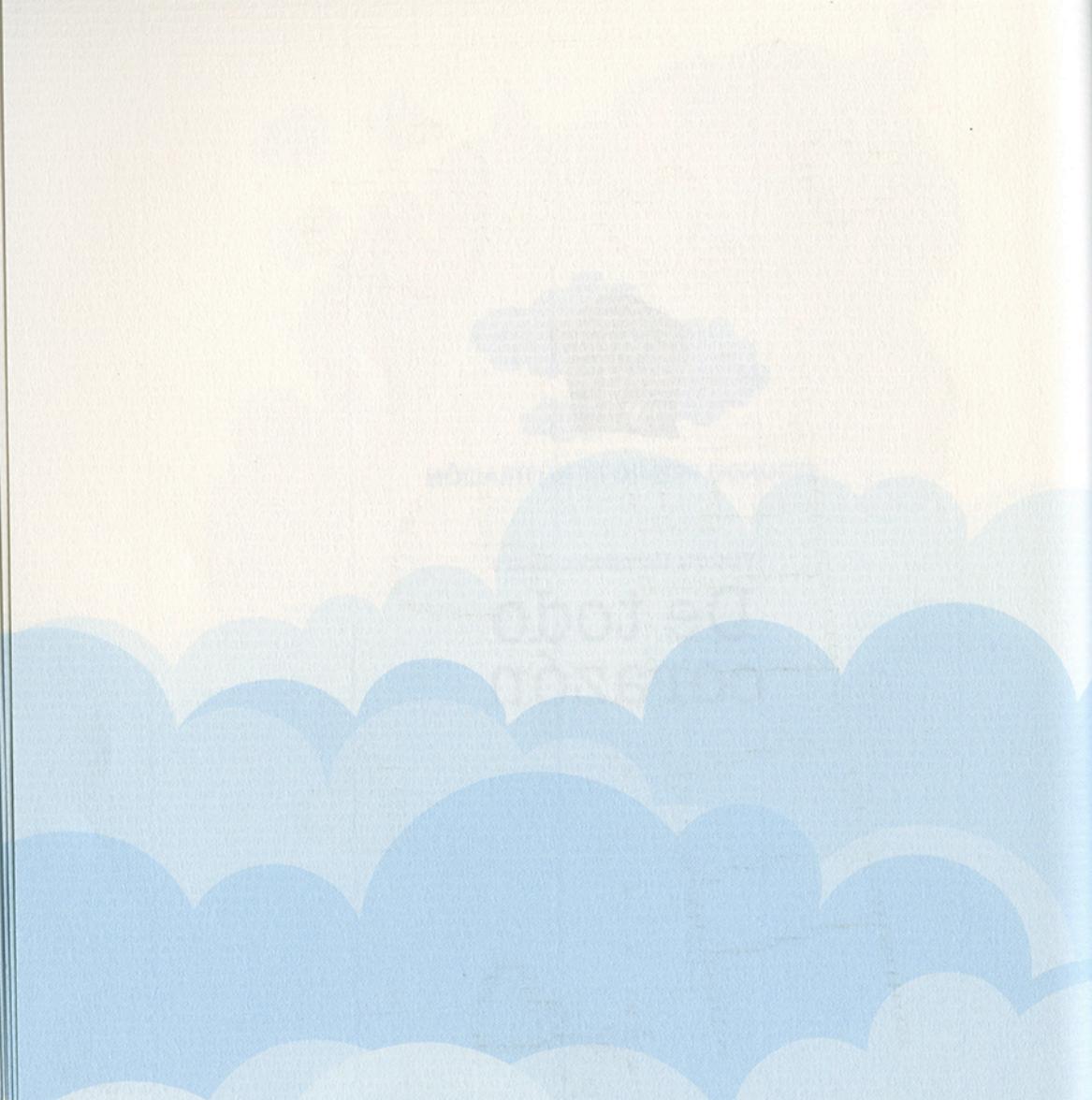


SEGUNDO PREMIO DE ILUSTRACIÓN

Victoria Hernández Sastre

De todo
corazón







TERCER PREMIO DE ILUSTRACIÓN

Carmen Pérez Herrero

Un día desperté

•
•
•
•
•
•



